

EL SEÑOR ME HA DEVUELTO TODO Y AÚN MÁS

Nunca he sido un tipo religioso y santo. Cuando fui al Reino Unido para cursar mis estudios universitarios, la Iglesia Católica y la liturgia me resultaron muy aburridas. Me sentí atraída por el Movimiento Juvenil Cristiano y comencé un viaje de búsqueda de la Iglesia “verdadera”. Así que cada domingo iba de una iglesia a otra: de anglicanos y metodistas, de bautistas y pentecostales, y más. Finalmente, pensé que podría rezar mejor en la iglesia de las Asambleas de Dios. El testimonio de mis compañeros durante el culto me impresionó mucho y vi a Cristo vivo y activo en ellos. Anhelaba tener esa relación viva e íntima con Jesús. Sin embargo, al cabo de unas semanas me desilusioné y dejé de ir a la iglesia por completo. Mientras tanto, había hecho amistad con un chico musulmán y no estaba en nuestros planes complicar esta relación con la religión. Sin embargo, gracias a la Providencia, me topé con un libro titulado *Mere Christianity* (Mero cristianismo) de C.S. Lewis. Puedo decir sinceramente que este libro me devolvió a Dios. Respondió a muchas de mis dudas y preguntas y me convenció de que, sí, Dios existe.

Al terminar mis estudios en 1989, pasé dos meses de vacaciones aventureras con *Contiki* por toda Europa. Las vacaciones incluyeron visitas a iglesias famosas (la Basílica de San Pedro en Roma, Notre Dame en París, la Sagrada Familia en Barcelona),



pero ni una sola vez me arrodillé para rezar. Cuando regresé a Singapur y empecé a trabajar como productora de televisión, un primo mío me convenció para que asistiera a una conferencia sobre Medjugorje. Por supuesto que me “burlé” de ello, porque entonces era escéptica respecto a estas apariciones e incluso anti-Medjugorje. Pero un domingo por la tarde, me encontré en un auditorio escuchando a una pareja que hablaba de las cosas maravillosas que estaban ocurriendo en Medjugorje.



A medida que avanzaba la charla, me encontré escuchando y absorbiendo la “buena noticia” no sólo con la mente, sino también con el corazón. Pronto me sentí como los dos discípulos de Emaús. Mi corazón ardía dentro de mí y empecé a ver “¡la luz!”. Me entró “hambre” de profundizar en mi fe católica y elegí libros: uno explicaba la Eucaristía y el otro el Rosario. Acabé no sólo iluminada sobre el papel de María en la Iglesia, sino también convencida de mi fe y tradición católica. En resumen, ¡“nacé de nuevo” en la fe católica! Me confesé por primera vez, empecé a ir a Misa todos los días, a leer la Biblia y a ayunar. En poco tiempo, formé un grupo de oración con mis colegas católicos y, en septiembre de 1990, hice una peregrinación a Medjugorje.

Fue mi primera peregrinación y una experiencia espiritual fantástica. La paz que sentí es indescriptible. De vuelta en Singapur, me sentí inspirada para unirme a la Escuela del Equipo de Nueva Evangelización (NET), que no sólo me ayudó a profundizar en mi vida espiritual, sino que me hizo saborear la dulzura de servir al Señor.

Sentí una profunda alegría interior al donarme a mí misma y compartir.

Quería utilizar mis habilidades comunicativas para la evangelización. Una opción era unirme a *Lumen 2000*. Entonces descubrí, para mi sorpresa, una orden religiosa moderna y única, las Hijas de San Pablo, una congregación de hermanas que utilizan los medios de comunicación para difundir la Buena Nueva. Después de las visitas a las comunidades para observar y experimentar su modo de vida (en Malasia y Filipinas, ya que las Hijas de San Pablo aún no estaban en Singapur), hice un retiro para discernir mi vocación. Allí sentí una profunda paz en mi interior y supe que estaba en lo correcto.

Recuerdo estar sentada en mi habitación con lágrimas en los ojos después de decidir darle una oportunidad a esta nueva vida, despidiéndome de todo lo que me era querido. Ahora, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que el Señor nunca me pidió que ofreciera nada ni a nadie. De hecho, ¡me lo devolvió todo y más! En verdad, he tenido muchas experiencias llenas de gracia de la “recompensa del ciento por uno” prometida a los que le siguen. Por ejemplo, siendo hija



única -tengo un hermano mayor- siempre quise tener una hermana ¡y ahora tengo más de 2000 hermanas en todo el mundo!

Conociendo mis limitaciones, todavía me asombra que el Señor me llamara a la vida paulina. Ha sido para mí un camino apasionante y lleno de desafíos. A lo largo de los años, el amor y la fidelidad del Maestro siempre me han sostenido. Estoy seguro de que seguirá haciéndolo durante el resto de mi vida, una vida que espero que crezca en santidad y amor.

Wendy Ooi, fsp